

DIRÉ para empezar que nunca he sabido si hay en mí un verdadero poeta (eso siempre está por ver para uno mismo). Lo que desde luego no hay en quien yo soy es un teórico de la poesía. Afirmo esto en el comienzo de mis palabras para que nadie se llame a engaño y piense que va a encontrar aquí consistentes razonamientos y argumentaciones sobre el poema, el poeta y su menester. No he sentido nunca inclinación a reflexionar en abstracto sobre la poesía ni a escribir esas poéticas que de tanto en tanto se les solicitan a los poetas. Lo que a lo largo de los años he necesitado decir sobre la poesía, lo he dicho por lo general en mis poemas mismos, y si en la presente ocasión hubiera echado mano de algunos de ellos, me habría ahorrado acaso en lo que sigue ciertas elucubraciones digresivas. Hay poetas que teorizan con brillantez, destreza e ingenio sobre su propia obra. Lamento que no sea ese mi caso. Yo no tengo teorías. Tengo poemas. No sé si todo lo buenos que soñé e intenté que fueran (se anhela lo mejor, no lo mediocre ni lo peor, claro está), pero poemas al fin y al cabo, que es lo que al poeta se le presupone y lo que en justicia cabe pedirle. Trataré,

[15]

pues, de hacer lo que pueda en este lance en el que me propongo escribir de lo que no suelo escribir y procuraré salir lo mejor librado posible del aprieto en el que de manera voluntaria me veo metido.

Como cualquier poeta que aspire a ser auténtico, no he escrito nunca ateniéndome deliberadamente a ninguna poética propia ni a las recetas de ninguna tendencia, escuela o grupo. Mis poemas, mis libros, son el resultado de una aventura personal no prevista ni programada (de lo contrario no sería tal), una aventura que he vivido con perplejidad y de la que, de manera a mi parecer no ilegítima, me siento satisfecho e incluso orgulloso. Yo soy yo gracias a los libros que he escrito. Si no fuera por ellos, sería otro sin duda, un Eloy bien distinto de este que he llegado a ser, del que está ahora escribiendo estas palabras. No me considero el mejor poeta del mundo, por supuesto; aun así, no estoy por completo disconforme conmigo, ya que he logrado en buena medida realizar el sueño que desde el surgimiento temprano de mi vocación ha alentado en mí: entregar mi vida entera a la poesía, hacer todo lo que estuviera en mi mano para llegar a merecer el nombre de poeta. El cumplimiento de ese sueño (hasta donde es posible que un sueño se realice) se lo debo a los libros que he escrito, y semejante hecho constituye para mí el colmo de la fortuna. Por eso suelo decir que más que hacerlos yo a ellos, son ellos los que me han ido haciendo a mí. Les debo muchísimo y les estoy agradecido, a pesar de las imperfecciones que contendrán.

[16]

Además de las facultades innatas (o genéticas, según ahora se dice) para la poesía con las que tal vez vine al mundo, al mirar hacia atrás y considerar mi vida desde su origen, más que nada el tiempo quieto de la niñez y los turbulentos años adolescentes, creo entrever la mano de un extraño y pausado azar que sin que yo lo advirtiera me llevó —a través de una serie compleja e indescifrable de situaciones— hacia la que habría de ser mi única ocupación verdadera y absorbente.

La temprana afición a la lectura fue el primer paso en mi camino hacia la poesía. En mi infancia no existían los entretenimientos que tienen en sus casas los niños de ahora. No había televisión, ni ordenadores, ni maquinitas de juegos electrónicos, ni nada por el estilo. Necesitábamos hacer algo para distraernos. Yo era un niño sano y fuerte, si bien tenía un punto débil: la garganta. Con inusitada frecuencia me ponía enfermo de anginas y me daban unas fiebres muy altas. Duraban sólo dos o tres días, pero si uno quería recuperarse bien de aquellos abscesos debía permanecer algunas fechas más en cama, convaleciente. Para matar el tiempo en las largas horas que pasaba acostado fui aficionándome a leer. Primero llegaron los tebeos (muchos), los cuentos de los hermanos Grimm y de Andersen y de tantos otros; enseguida pasé a los libros de aventuras (Julio Verne), a las narraciones policíacas y de misterio (Agatha Christie, Poe). Y en unos pocos años mi inocente afición fue convirtiéndose en una apetencia voraz que no me daba tregua y que me

llevaba a querer leer todos los libros del mundo. Me convertí incluso en un pésimo estudiante de bachiller por culpa de aquel entusiasmo mío tan intenso y subyugante. Me pasaba los días leyendo obras que nada tenían que ver con los textos estudiantiles, y no sólo los días, también las noches, y me acostaba al amanecer. En un poema mío («Un libro») hablo, por ejemplo, de cómo leí en la adolescencia *La cartuja de Parma*. Y lo que digo ahí es cierto punto por punto y fue haciéndose por completo habitual en mí: pasaba las noches enteras entregado a la lectura. ¿Cómo iba a tener en las manos una novela tan emocionante y prodigiosa e iba a cerrarla y a ponerme a dormir sólo porque fuera de noche y porque al día siguiente hubiera que ir al colegio? Ya habría tiempo para dormir, ya habría tiempo para estudiar. Mi inasistencia a las clases se hizo norma.

Y de la misma manera que, al leer las vidas de los grandes héroes o de los grandes navegantes y descubridores, a algunos con tendencia a la acción les gustaría ser como ellos, si se siente fascinación por la literatura y la contemplación, al leer a Garcilaso, a Stendhal, a Tolstói, a Machado o a cualquiera de los grandes, uno sueña con llegar a ser escritor, y se dice a sí mismo: «Qué maravilla, si yo pudiera alguna vez hacer algo que aunque fuera de lejos se pareciera un poco a lo que escribió toda esta gente extraordinaria». Y por deseo de emulación —entre otros motivos menos obvios, que a mí en gran parte se me escapan— rompes a escribir un buen día.

[18]

Un acontecimiento de signo trágico se produjo en mi entorno más íntimo cuando yo contaba sólo siete años: mi padre, que tenía entonces cuarenta y siete, murió de repente a consecuencia de un infarto de miocardio. Su desaparición llenó mi casa de luto y de tristeza y transformó de la noche a la mañana la vida familiar en todos los órdenes (incluido, por supuesto, el económico, que hasta ese momento había sido muy desahogado y que a partir de entonces experimentó notables recortes). Allí acabó el paraíso infantil para mi hermana, para mi hermano y para mí, que era el segundo hijo del desbaratado matrimonio. Aunque entonces no advertiera del todo su alcance, aquella muerte me hizo tomar conciencia temprana del tiempo y de los estragos fatales que ocasiona. La ausencia de la figura paterna me creó una desprotección que me llevó a replegarme sobre mí mismo, a interiorizarme y a madurar de pronto y precozmente en algunos aspectos (en otros, en cambio, maduraría, si es que he llegado a hacerlo, con excesiva lentitud). Es desde luego posible que el suceso tremendo por el que dejé de ser niño a los siete años tuviera que ver con mi acercamiento posterior a la poesía, y hasta con el carácter y el tono de una buena parte de los poemas que yo iba a escribir. Adviértase que apunto lo que digo como mera posibilidad, ya que muchos niños han pasado por situaciones similares a las mías y han seguido después caminos bien diferentes.

Otras circunstancias y motivaciones más recónditas de la infancia y del comienzo de la adolescencia debieron de ir

conduciéndome sin que yo me diera cuenta hacia la poesía. Algunas las intuyo con vaguedad y quizá podría apuntarlas aquí; otras las desconozco por completo.

El caso es que un poco más adelante en mi vida, cuando acababa de cumplir catorce años, de forma inesperada y sin saber bien lo que hacía, puesto que aún no era mucha la poesía que había leído ni pensaba en ser poeta ni nada por el estilo, escribí los primeros versos. Recuerdo muy bien cómo hice mi poema inicial (e incluso algunos fragmentos del mismo, que de ninguna manera diré nunca a nadie). Era verano y estaba con mi familia en nuestra casa de Los Alcázares, una playa del Mar Menor. Echaba mucho de menos a una chica de la ciudad de la que por entonces estaba enamorado. Un día, al atardecer, mientras la recordaba mirando a solas el mar desde el pequeño balneario del que nuestra casa disponía, comenzaron poco a poco a surgir los versos de mi primer poema. Los iba guardando en la memoria, porque no tenía en ese lugar nada para escribir. Cuando el poema estuvo terminado —ya había caído la noche— regresé a casa y lo apunté enseguida en un cuaderno, por miedo de olvidarlo. Me pareció buenísimo entonces (era, por supuesto, muy malo) y me proporcionó una emoción y una alegría verdaderamente increíbles. Esto es lo que puedo aportar ahora acerca de mi primera experiencia poética, tan pura, tan honda y tan sorprendente para mí. El mencionado poema, y otros que le siguieron, fueron apareciendo del modo más natural, como si yo respirara o canta-

ra y sin pensar nunca que aquello tuviera nada que ver con la poesía ni con el camino que habría de seguir luego. Por lo demás, el intentar algún poema en el transcurso de la adolescencia —esa edad terrible en la que empiezas a buscarte a ti mismo y en la que sueles sentirte tan sin remedio solo— es una experiencia bastante común. Lo que ya no resulta tan corriente es el persistir después con ilusión y con fe en el empeño durante toda una vida. Y eso es lo que me ha ocurrido a mí, que he porfiado hasta hoy. Sobre el porqué de tal perseverancia no creo que pueda aclarar mucho, pues siempre me ha parecido un enigma: la verdad es que no sé por qué he escrito y escribo poesía, en lugar de haber desarrollado alguna otra actividad.

Estos primeros ejercicios poéticos, en los que me ocupaba sin continuidad, me complacían mucho y me descubrieron que era muy hermoso intentar decir por escrito lo que uno sentía, lo que pensaba, imaginaba o soñaba. Esa actividad me aportaba una extraña alegría y me proporcionaba un poco de autoestima (andaba muy necesitado de ella, pues consideraba que todo en mi vida era bastante desastroso e insustancial, menos aquel punto de intensa luz).

Mi ya antiguo interés por la lectura se mantenía e incluso se fue incrementando. Me nutría de los fondos de una biblioteca pública bastante buena de mi ciudad, pues los no demasiados libros que había en mi casa estaban ya releídos de sobra y el dinero escaso del que disponía en ese tiempo no me permitía acercarme a las librerías. Leía cuanto

caía en mis manos, con un afán omnívoro. Y no sólo libros de poesía o sobre la poesía o los poetas, claro está, sino literatura en sentido amplio y en sus diversos géneros. Me empleaba a fondo tanto en la literatura española como en la extranjera. Por lo que a la poesía respecta, iba desde los clásicos remotos (Homero y otros más exóticos y distantes de nuestra tradición: nada menos que el *Ramayana* y el *Mahabharata*) hasta la generación del 27, que era el colmo de lo moderno para mí. No hablo ahora de mis lecturas de otros géneros, pues de lo contrario el recuento resultaría embarullado y farragoso. Así transcurrieron algunos años.

Y cuando tenía diecisiete, sin motivo aparente, de inexplicable manera, la esporádica inclinación a escribir poesía se transformó de la noche a la mañana en una verdadera vocación exclusiva y casi por completo incompatible con ninguna otra ocupación o interés (mis estudios iban de mal en peor). Era una fiebre maravillosa. El llegar a ser un verdadero poeta me parecía el único destino digno y asumible. Sí, estaba claro. Me dije que a partir de ese instante pondría todo lo que yo era, todo lo que en mí había, al servicio de mi vocación. Ninguna otra empresa tendría de verdad nada que ver conmigo. Acaso no he sentido nunca una plenitud tan absoluta. La realidad entera era nueva para mí tras aquella revelación. La luz brillaba más, el mundo olía de otra forma. Pasaba los días y las noches entregado a mi quimera, al sueño hermosísimo de verlo todo a través de la poesía, a través de las palabras y de su música. Las cosas



tenían un ritmo en su ser, que era el que las hacía existir e integrarse en el universo, y poco a poco quizá lograra yo decir en mis poemas ese ritmo que ya oía, que ya sentía en el alma y en el cuerpo. Había que trabajar sin desmayo, con ilusión y autenticidad, para llegar tal vez a decirlo.

Desde entonces hasta hoy mi vocación ha sido el centro de mi vida. Qué misteriosa resulta una llamada tan repentina e intensa como la que se apoderó de mí. No parece posible que semejante ímpetu se propague así por todo el ser. Se trata desde luego de un don del cielo, porque te otorga sin previo aviso no una mera ocupación, sino un destino, un destino para ti incomparable, gracias al cual la vida cobra un sentido nuevo y merece la pena vivirse. La existencia de quienes no están poseídos por tan maravillosa locura te parece gris y vacía (sin que, por supuesto, haya asomo de menosprecio en tal consideración). Te sabes una criatura distinta, afortunada, aunque intuyas también que lo que se te ha venido encima lo exigirá todo de ti y será duro de sobrellevar en ocasiones.

Escribí mucho a partir del descubrimiento que había hecho en mí de la poesía, pero nada de lo que intentaba me dejaba satisfecho y a nadie lo mostraba. No he sido uno de esos poetas que precisan enseñar al prójimo cuanto hacen en el mismo instante en el que lo hilvanan. Yo era pudoroso y tenía, además, mucho amor propio. Gracias a esta exigencia para conmigo y para con mi trabajo, no me precipité a la hora de publicar y prácticamente todos los poemas escri-

tos durante una década (1965-1974), a lo largo de mi casi completa prehistoria, nunca vieron la luz.

De 1974 a 1977 fui redactando los poemas del que habría de ser mi primer libro, *Maneras de estar solo*. Los escribí sin tener para nada en cuenta el contexto poético inmediato, lo que por entonces hacían los poetas españoles de mi edad, que no eran otros que los llamados novísimos, de los que algo sabía, si bien no demasiado, pues no me interesaron al asomarme a sus publicaciones, ya que a mi modo de ver escribían como en broma, sin ninguna emoción, con artificiosidad y rebuscamiento. Nunca he sido un poeta preocupado por «lo que se está haciendo ahora», y menos en mis inicios. Me hallaba al margen de la actualidad. El contexto cultural en el que te mueves, aunque sólo sea por curiosidad, te empieza a interesar después, al implicarse más en el oficio, en la vida literaria. Escribí, pues, mi primer libro según pude y supe, teniendo como referencia a los grandes poetas del pasado y sin pretender estar en la onda de lo que hacía la gente de mi generación. He sido bastante ajeno a tales vecindades. Un tanto del aire del momento (un leve toque irracionalista, el brillo un poco subido de ciertas imágenes y espero que poco más) logró colarse de rondón, sin embargo, en este empeño mío primero.

Una vez que el libro estuvo terminado, pensé que debería intentar sacarlo a la luz, pues al haber sido escrito en soledad completa necesitaba yo que los demás opinaran sobre él, para que se me despejaran las dudas que albergaba

sobre su posible valor. Lo que me proponía no era nada fácil de llevar a cabo por aquellos años, máxime teniendo en cuenta que se trataba de un primer libro y que el autor del mismo era un poeta joven que vivía en su provincia y que no conocía a nadie relacionado con el mundo editorial ni con los medios literarios. El único camino digno y rápido que en mis circunstancias se me ofrecía era el de probar suerte en algún concurso importante, de los que se anunciaban en *La Estafeta Literaria* o en alguna otra revista. «Si por casualidad sonara la flauta, se solucionarían de golpe los problemas que tengo, todas estas dudas que tanto me inquietan», me decía yo al tomar la decisión de enviar mi libro al Premio Adonáis, muy prestigioso en ese tiempo.

Tuve la suerte de ganarlo, para sorpresa mía y de todos, pues hasta mi familia ignoraba que hubiera escrito el libro y sólo dos o tres personas sabían de su existencia. El acontecimiento me proporcionó la felicidad, y la extrañeza, de ver mi obra publicada enseguida en una colección muy conocida y que se distribuía bien en toda España. No podía pedirse más. El premio tuvo mucha importancia para mí en su momento, pues me llegó justo cuando lo necesitaba. Me confirmó hasta cierto punto como poeta no sólo ante los otros, también ante mí mismo (sin que por ello dejara de rondarme la incertidumbre sobre el valor real de mi labor), y me animó a seguir trabajando. El reconocimiento público, un cierto reconocimiento —sin alharacas excesivas—, cuando uno es joven y se encuentra en el inicio de su tra-

vectoria, estimula a cualquiera y lo responsabiliza de lo suyo. Quiero anotar aquí que ni antes ni después de obtener el Premio Adonáis he participado en ningún otro certamen. Un premio interesante está muy bien para empezar. Luego, a mi entender, hay que seguir nuevos rumbos.

Desde la aparición de *Maneras de estar solo* hasta el presente me he mantenido en la brecha, sin perder nunca la fe en la poesía y dispuesto con firmeza a servirla en la medida de mis posibilidades. He publicado once libros de poemas. Los diez primeros, convenientemente revisados, están hoy recogidos en el volumen titulado *Las cosas como fueron. Poesía completa, 1974-2017* (Tusquets Editores, 2018); el undécimo y último por ahora, *La rama verde*, apareció a finales de 2020 en la misma editorial. En ellos puede seguirse una labor de cuarenta y cinco años, sin tener en cuenta el largo período de formación anterior al comienzo de *Maneras de estar solo*, del que ya dije que nada ha sobrevivido.

El escribir poesía es para mí una manera de entender y de considerar la vida, de acercarme a ella y de confundirme con su sustancia; un ser y un estar. Y un destino hermoso como pocos, del que hay que hacerse digno asumiéndolo hasta sus últimas consecuencias. Percibo las cosas del mundo a través de la poesía, que no es en modo alguno el reino de lo subjetivo, de lo neblinoso e indeterminado, de lo arbitrario; se trata de la posibilidad más rigurosa, lúcida y comprensiva que conozco de acercamiento a la realidad. No escribo para explicarme el misterio del mundo —los

misterios no tienen explicación—, sino para participar de él, para formar parte del corazón de ese misterio. La poesía no soluciona ni al individuo ni a la colectividad los problemas diarios de la vida (la injusticia y toda la miseria que de ella se deriva), ni da respuestas concretas y unívocas a las grandes preguntas existenciales (el porqué del amor, del odio, de la soledad, de la muerte). Nos pone en contacto con los enigmas del vivir y nos anima a mirarlos de cerca, a meditar sobre ellos y a adoptar en consecuencia actitudes y conductas. Semejante ejercicio moral transforma al individuo, hace surgir en él a alguien que no era antes y lo mejora como ser humano, lo afina. La poesía vivida con autenticidad (por el poeta y también por el buen lector) proporciona a la existencia una intensidad excepcional y la aligera de banalidades. Vivimos en gran medida nuestra cotidianidad sin advertir que vivimos; hay mucho ruido que nos distrae, mucha intrascendencia que nos dispersa. La poesía nos acerca a la vida en sentido profundo, depara al hombre conciencia del mundo, de su persona y del tiempo completo de su vivir.

Estimarán algunos que haber escrito en tantos años los libros que he escrito no es demasiado escribir. Y tendrán razón. Pero no ha estado en mi mano hacer más. Y en el fondo tampoco lo pretendía. Lo excesivo agobia, cansa y desorienta. El poseer una obra poética abarcable creo que es importante de cara a los lectores. Nunca son razonables los abusos. He escrito poesía de manera discontinua, sin

[27]

demasiada regularidad, aunque con afán firme de proseguir. Las épocas de cierta abundancia se alternan con períodos, dilatados a veces, en los que no he hecho nada o casi nada. Ha habido también por fortuna en mi trayectoria alguna larga racha de insólita prosperidad (los benditos años que van desde *La certeza* a *La rama verde*). No me considero un *profesional* de la poesía —nada más lejos de mis intereses—; tampoco creo que pueda decirse de mí que sea un aficionado. Mi voluntad y mi ilusión de hacer han sido en todo momento firmísimas. Incluso en las épocas de menor actividad, llenas de desasosiego y de remordimientos, he tenido durante las veinticuatro horas del día (pues los sueños se impregnan también de las preocupaciones de la vigilia) la conciencia de la labor pendiente, el clavo fijo de un deber al que hay que ir dándole cumplimiento. Esa responsabilidad ineludible es quizá la que impide que en mi interior se produzca desconexión entre unos períodos creativos y otros. Aunque no escriba, no tengo nunca la sensación de estar de vacaciones y alejado de la poesía, y la preocupación constante de realizar la tarea que he de cumplir, sin duda va haciendo que despunten en mi interior los poemas que luego pasarán al papel.

Ya dije al principio que, aun siendo lo que son, mis libros me parecen la materialización de un sueño, un regalo de la vida, y que no tengo en absoluto la sensación de haberlos escrito, de ser yo su autor. Creo, con total convencimiento, que los libros de poesía se escriben a sí mismos. La

poesía es anterior al poeta y al poema. En este sentido podría afirmarse que el poeta sólo es un colaborador necesario para que la poesía se haga poema, un cierto poema concreto, y para que éste llegue a ser como él quiere ser. Desde luego el poeta ha de poner en esa colaboración todas sus facultades y toda su ilusión. Y así irá poco a poco surgiendo por completo el poema a la luz, en un tira y afloja que la mayor parte de las veces suele ser bastante agónico. Nadie que no se dedique a estos menesteres podría imaginar la cantidad de ilusionada energía y de atentísima paciencia que ha de emplear el poeta para hacerse con el poema, ni la satisfacción que siente cuando por fin lo alcanza y sabe que ese bien lo acompañará ya para siempre.

Sin embargo, no pocas veces, a pesar de la buena voluntad del poeta y de sus fervorosos anhelos, el poema fracasa o no llega a cuajar cabalmente, bien porque en el momento en que intenta llegar está uno distraído y enfrascado en otras ocupaciones, bien porque lo que oímos mientras lo estamos escribiendo no es la voz de la poesía, sino un error, un error de más o menos quilates, y no un verdadero poema. La auténtica poesía no visita al poeta a diario. Pero para que acuda alguna vez, para que el poeta alcance la suerte increíble de llegar a hacer unos pocos poemas perdurables, son por supuesto necesarios los ejercicios fracasados, los poemas que aspiraban a ser y que no llegaron a lograrse.

Mientras escribo poesía no tengo la sensación de ser un relojero, es decir, alguien que va montando las piezas de

un artilugio verbal y que sabe de antemano que poniendo este adjetivo aquí, esta sugerencia allá, esta musiquilla por el otro lado y tal metáfora en el verso dieciocho, el invento funcionará según se había previsto. Es posible que en la mente del poeta, antes de comenzar a escribir, esté a veces una cierta idea borrosa de lo que aspira a alcanzar, pero cuando el poema empieza a llegar impone su propia dinámica y va por donde él cree que debe ir. Del proyecto original del poeta (si es que lo hubiere, pues en las ocasiones mejores no lo hay) apenas suele quedar nada al final del proceso, o acaso quedará sólo el núcleo de lo que en principio se pretendía, por completo modificado, y para bien. Se ha dicho en ocasiones con acierto y exactitud que el poeta es el primer lector de su poema: lo va descubriendo a la vez que lo escribe, y no lo conoce del todo hasta que no lo termina.

La poesía no es un espejo ni una máquina fotográfica; si nos diera sólo un reflejo o una copia de la vida, no sería vida ella misma, no sería en verdad creación. En cualquiera de sus manifestaciones, es vida que brota de la vida —igual que sucede en la naturaleza— y que añade realidad a la realidad preexistente. El mundo es más grande desde que existen la *Iliada* y la *Odisea* y se tornaría pequeño y triste si desaparecieran de pronto Cervantes, Velázquez, Mozart o Pessoa.

Hay poetas que afirman que en un poema podrían haber dicho lo que han dicho o lo contrario. Yo no. Por mí mismo



no habría acertado a escribir ni lo que escribí ni lo opuesto; me atengo a lo que el poema quiere expresar y lo ayudo a decirlo; no lo puedo manipular a mi capricho y llevarlo por aquí o por allá. Si alguna vez he intentado esa *operación*, el poema al final se descacharra. Por tal motivo, al referirme a la poesía nunca hablo de construcción ni de invención; hablo de revelación, de manifestación de ella misma, a la que yo contribuyo en lo que puedo. Algunos dicen que configuran el poema a su antojo, que inventan sus mecanismos y los hacen funcionar de este modo o al revés. Los artilugios, las cosas hechas de distintos trozos ensamblados o atornillados, en efecto se inventan, se construyen, funcionan. Pero no los organismos naturales y completos, vivos; los seres vivos respiran, laten. El poeta auténtico trata con criaturas que vienen a la vida; no es un inventor ni un arquitecto.

Y por otro lado, claro está, la poesía tiene una parte indiscutible de oficio. Conocer al dedillo los entresijos técnicos, formales, tangibles o casi materiales, de lo que uno se lleva entre manos es obligación primordial del poeta y de cualquiera que desee que el trabajo que desempeña esté bien hecho. Sin el oficio no se puede dar ni un paso. El conocimiento técnico es algo que al poeta «se le supone», como se le suponía el valor al soldado en la cartilla militar del ejército español.

El llamado «oficio» hay que empezar a aprenderlo muy pronto, sin darse uno ni cuenta, sin estudio ni esfuerzo (lo

mismo que un idioma materno), en la frecuentación constante de los maestros de tu lengua (los de otros idiomas, traducidos, no nos pueden enseñar nada a este respecto). Y luego hay que olvidarse de él, tenerlo en ti como el respirar, que actúe en lo que escribas por sí mismo, sin que suponga para tu espíritu ninguna distracción, ninguna merma, ningún esfuerzo añadido.

El poeta sin oficio se enreda a cada paso en su propia ineptitud, y el resto de cualidades de las que pudiera estar dotado se desmadejan y resultan inútiles. En los tiempos que corren, la palabra «oficio» puede que les suene a chino a muchos que dicen escribir poesía. Algunos incluso presumen de su rechazo de la técnica, pues la acusan de impedirles volar con libertad, cuando lo que ocurre es justo lo contrario. Los innumerables útiles de la retórica están ahí para que el poeta los conozca y se sirva de ellos con discreción y con personalidad. Resultan indispensables para el advenimiento del poema, si bien en la naturalidad última que ha de mostrar éste no han de quedar rastros de manipulaciones. Y por supuesto lo único que al final importa es que el fruto de la labor del poeta logre conmovernos, que sea emocionante.

Porque la piedra de toque de un poema auténtico es la emoción. Eso es lo fundamental. Ella se encarga de enhebrar o engarzar toda una constelación de otras cualidades que deben estar presentes asimismo en el texto. El poema no es una cosa simple, por muy sencillo que sea o aparente ser: hablamos de un mundo completo, de un universo.

Si lo escrito no logra estremecer y producirnos un daño hermoso no es para mí un verdadero poema, no tiene mucho que ver con la poesía mejor. Existe el poema sin emoción (frío, retorcido o alambicado, ingenioso, o incluso chistoso), pero será siempre de muy segundo orden. Un buen poema (tan infrecuente, claro) es aquel que cuando lo leemos nos zarandea y casi nos tira de espaldas (sin violencia, sólo con la fuerza del asombro y la maravilla). Sentimos al leerlo que hay allí una verdad muy honda, una verdad que no es una ocurrencia del poeta ni le pertenece en realidad sólo a él: concierne a todos los humanos. Un poema emocionante no puede ser escrito sino por un poeta emocionado que durante el proceso de creación se encuentre sobrecogido, si bien la turbación que lo embarga habrá de estar controlada con absoluto rigor mientras escribe (de lo contrario, sus versos no serían obra de un poeta, sino de un individuo sin pretensiones artísticas que sentimentalmente se «desahoga»).

La emoción poética, según la entiendo, no tiene nada que ver con los espavientos y el desorden de los sentidos, de los sentimientos y de la mente (percepción sensorial, corazón y cabeza son a este respecto una cosa sola, y no tres). Se trata de una conmoción de todo el ser que por paradoja no nos saca de nosotros mismos. Nos proporciona quietud y plenitud, acercamiento máximo a quienes somos y a lo que tenemos en torno o imaginamos, identificación y fusión con lo completo en virtud de una especial acuidad.

Si en el poema no hay emoción, no será éste sino una desangelada tarea o un simple entretenimiento más o menos brillante, conseguido con la voluntad, con el intelecto, con el ingenio, con el oficio. A algunos les gusta jugar a la poesía, jugar con la poesía, igual que podrían jugar al parchís o hacer crucigramas. No está mal el recrearse un poco de vez en cuando, y los resultados de tal actividad podrán ser graciosos, bonitos, curiosos, sugestivos, intelectualmente atractivos. Sólo eso, en el mejor de los casos. Me parece, por lo demás, que el estar jugueteando y entreteniéndose a todas horas con la poesía debe de aburrir bastante; hay pasatiempos más divertidos.

No es necesario decir que el poema emocionante no siempre ha de tratar de asuntos profundísimos, serios y graves, con muchas lágrimas o de muchísima lástima. Hay también emoción muy grande en temas intrascendentes y ligeros a primera vista: una mañana de sol, la mirada fugaz de una muchacha, un moscardón azul o una nube, el color, el olor y el sabor de un buen vino, unas flores casi marchitas en un jarrón.

Toda la poesía que he escrito tiene, según se ha dicho a veces y yo mismo admito, un marcado carácter autobiográfico, y estimo que en *Las cosas como fueron* podría verse con propiedad una especie de autobiografía poética (el mismo título del conjunto apunta ya en esa dirección). Esta afirmación, no obstante, habría que matizarla diciendo que lo autobiográfico bien entendido no excluye en modo algu-

no todo lo demás. La poesía autobiográfica, si no se queda en lo anecdótico y particular, es vida personal trascendida y objetivada. No tiene por qué darse en ella, pues, un ensimismamiento machacón en el yo, un egotismo cerrado y sin horizontes. Uno escribe desde sí (no hay otra manera de hacerlo), aunque poniéndose en el lugar de todos. Somos diferentes y a la vez muy parecidos.

Con mucha frecuencia mis poemas tienen su origen en hechos de mi propia vida —que son los que me caen más a mano—, pero en el proceso de creación del poema es preciso que el material autobiográfico se universalice y se independice de uno mismo. Si eso se logra, al hablar de mí estaré hablando también de mis semejantes (es decir, de los que son en esencia iguales que yo), que podrán ver en mis versos con cierta sorpresa su propio rostro en un espejo, y que por consiguiente tendrán la posibilidad de reconocerse allí sin dificultad.

Creo, además, que en la poesía que yo he escrito no sólo se considera mi vida y la de los otros. Asimismo se presta atención constante al entorno, a los lugares en los que el existir sucede: el entorno urbano o la naturaleza en toda su amplitud alcanzan a veces importancia capital en mis poemas. O sea, que lo autobiográfico es mucho más general y abarcador de lo que en principio pudiera parecer. El yo del poeta que habla de verdad se disuelve y se hace mundo en el trance del advenimiento del poema. Quiero creer, por otra parte, que en mis versos hay desde el comienzo un trasfon-

do moral y metafísico, reflexivo, que impregna y eleva los hechos concretos y las anécdotas particulares, sin que por ello me haya adentrado yo nunca, a mi parecer, en los secarales de la abstracción.

A pesar de lo que he dicho sobre la necesaria transformación de los elementos autobiográficos, no estoy muy de acuerdo, por lo que a mi obra respecta, con la teoría tan en boga desde hace años de que el poeta, a causa de la necesidad de objetivar lo personal, llega a crear en sus obras un personaje poético ajeno a su autor, independiente del todo y tan personaje de ficción como el de una novela. Es cierto que al escribir un poema se produce una imprescindible reconversión de los datos personales que uno maneja, en virtud de la cual se universalizan y entran a formar parte viva y verosímil de la realidad nueva que está surgiendo. De ahí a sostener que el sujeto poético que aparece en lo escrito no tiene nada que ver con su creador va un largo trecho. Para bien o para mal, el personaje que yo haya podido crear en mis obras, aun aspirando a ser más que yo, a ser cualquiera y todos y ninguno, es alguien que se parece bastante a mí mismo.

He aludido antes muy de pasada a la importancia del marco urbano y del mundo natural en mi poesía. Sobre la presencia de la ciudad en lo que escribo creo que no es muy necesario insistir. Se trata del lugar en el que transcurre la parte mayor de mi vida. Es lógico que aparezca en mis versos (de manera explícita o implícita), ante todo teniendo

[36]

en cuenta que éstos huyen de lo abstracto y están por lo general situados en un tiempo y en un lugar determinados.

Y por lo que respecta a la naturaleza, cualquiera que se asome un poco a mis libros verá que la misma tiene en ellos una relevancia grande. Pero he de decir que no soy yo un poeta paisajista o costumbrista ni nada que se le asemeje.

Me interesa mucho la naturaleza, por sí misma y como espacio presente o evocado de la vida del hombre. Tuve la suerte de vivirla muy de cerca durante la infancia, la adolescencia y el arranque de la juventud. Los veranos de mi vida temprana —mucho más largos que los de ahora—

transcurrieron en el campo. Y el campo que yo viví era un campo de verdad, por completo alejado de ciudades e incluso de pueblos, un campo profundo y primitivo, igual al que pudieron conocer Hesíodo, Teócrito o Virgilio. Aún no se había producido en España la mecanización agrícola; no había tractores ni máquinas de ningún tipo; todas las faenas se hacían con los aperos tradicionales, a mano o con ayuda de animales de labor.

El haber estado en contacto con el mundo natural y conocerlo lo mejor posible me parece importantísimo en la formación de un artista, un bien incalculable para su persona y para su obra. Producen cierta pena esos poetas de ahora que se vanaglorian de ser estrictamente urbanos y que sólo conocen las calles de su ciudad. No saben lo que es un árbol. La vida está en todas partes, por supuesto, incluso en el cemento y el asfalto, pero ciertas limitaciones

(o autolimitaciones, a veces) me parecen lamentables y empobrecen lo que uno hace.

La crítica me ha venido señalando, al menos hasta la mitad de mi trayectoria, como un poeta de estirpe elegíaca. Y estoy de acuerdo en que el tono elegíaco es el que predomina en mis cinco primeros libros (de *Maneras de estar solo* a *La vida*). El conflicto que desde muy pronto tuve con el tiempo —sin duda tema principalísimo de mi poesía— me llevaba al entendimiento de las cosas del mundo como incesante desposesión. Y esa extremada y casi obsesiva tendencia mía incluso llegaba en ocasiones a hacerme ver el presente y hasta el futuro como pasado: algo ya sucedido.

Creo necesario señalar, para ser preciso, que si bien el tono elegíaco predomina en una parte muy considerable de mis obras iniciales, es posible también encontrar en mis libros primeros poemas de neta exaltación del vivir mientras acontece aquello de lo que se está tratando. En el fondo, las diferencias entre un tono poético y otro no son tan sustanciales, además de que a menudo ambas modalidades poéticas pueden darse de manera entremezclada en un mismo poema. En realidad, el poeta auténtico siempre celebra, porque es un enamorado de la vida. Sólo hay una poesía verdadera; existen, eso sí, temperamentos poéticos diversos. Lamento y celebración vienen a fin de cuentas a ser casi iguales, aunque en ambos la realidad aparezca enfocada desde ángulos distintos, o más bien desde tiempos diferentes. La poesía himnica ensalza la alegría de vivir y la



hermosura del mundo en presente, mientras que la elegíaca efectúa similar enaltecimiento con retardo, en diferido, es decir, cuando lo que se pretende exaltar se encuentra ya concluido y en el pasado, fuera del alcance de nuestras manos, en un pretérito cercano o remotísimo, y de ahí se deriva por cierto su queja y su tono melancólico.

Y al aludir a la melancolía, quiero decir que la poesía elegíaca, y en particular la que yo he escrito, no es un canto de trazos sombríos sumido en la tristeza irremediable y en la desesperanza. Los sentimientos negativos son baldíos; no crean, sino que destruyen, y la poesía es creación. La melancolía, por el contrario, es un estado de ánimo que proporciona un impulso poético asombroso, y que nos acerca de forma muy intensa, a través del recuerdo y de la evocación, a lo que fue pasto del tiempo.

Por lo que se refiere a la proporción de elementos elegíacos y celebrativos en mi poesía, ha ido manifestándose a partir de *La certeza* un cambio paulatino, una especie de metamorfosis poética que responde también a un cambio profundo en el hombre que soy. Cuando se es adolescente o joven, se produce entre nosotros y el mundo un choque, un desajuste. Veníamos confiados de la infancia, donde todo era maravilloso, mágico y nuestro, y nos encontramos de pronto metidos sin remedio en la vorágine de la adolescencia y la primera juventud. Advertimos entonces que las cosas han cambiado como de la noche al día, que el mundo no se adecúa a nuestros deseos. Pensamos que nos da me-

nos de lo que esperamos o le pedimos; nos escatima con cicatería. La sensación de que esto es así ocurre porque el adolescente o el joven no se conforman con poco: pretenden absolutos, y consideran que la realidad no les otorga sino migajas de la totalidad a la que aspiran. De ahí que con tanta frecuencia en los años a los que me refiero se tienda más que en otras etapas de la vida a la melancolía, y que, en el caso de ser uno poeta, dé en escribir elegías.

Después, al llegar a la edad adulta y madurar, nos percatamos de que la vida, tal como se presenta y transcurre, es una maravilla. Ya no aspiramos con soberbia e ingenuidad a la entelequia de un mundo perfecto a nuestro exclusivo servicio. Y al rebajar nuestras pretensiones y atenuar nuestras ambiciones constatamos que todos los días suceden a nuestro alrededor infinidad de hechos prodigiosos, milagros que antes no veíamos. Por eso se ha ido imponiendo en mis poemas la celebración. En fin, podría decirse que aprendemos a entender y valorar ciertos aspectos de la vida bastante tardíamente, cuando parece que ya casi no habrá tiempo para nada. Pero nunca es tarde, porque, en el momento de llegar a saber, sentiremos que todo está comenzando.

El caso es que en el segmento de mi obra que va de *La certeza* a la actualidad se ha ido imponiendo un persistente y creciente tono esperanzado, hasta culminar en una especie de cántico que pudiera sorprender a algunos aficionados a encasillar y etiquetar. No sólo hay en mis poemas del período señalado una manera celebratoria de decir. A mi

entender muchos de ellos revelan intuiciones del mundo nuevas en mi poesía. A mí mismo me sorprenden ciertos cambios profundos que en los últimos años se han ido efectuando en este que yo soy y que, yendo bastante más allá de las meras transformaciones propias de la edad, denotan una visión trascendente de la realidad que antes no tenía o que no estaba en mí de igual manera. No entiendo ya el tiempo que me corresponde como una línea que comienza en un punto, discurre por unos lugares y termina en la muerte. Ahora pienso que todo está siempre sucediendo; el pasado, el presente y el futuro constituyen un tiempo único, sin tramos, y en el que sin antes ni ahora ni después se produce el milagro de la vida.

No ha habido en mi trayectoria poética bandazos bruscos, cortes radicales o espectaculares correcciones de rumbo. El cambio súbito y violento, en todos los órdenes de la actividad humana o del mundo natural, suele ser cataclismo o simple superchería. Creo que lo que hay en mi poesía es evolución, o transformación natural paulatina. El organismo vivo —y ojalá mi poesía lo sea— va cambiando en el transcurso del tiempo, modificándose sin dejar de ser él mismo (pues de lo contrario no estaríamos hablando de evolución, sino de mutación). La transformación evolutiva suele ser pausada y hay que observarla en períodos temporales no demasiado breves. Si miramos minuto a minuto a una persona, un árbol, o incluso una flor (cuya vida es muy breve y que por ello evoluciona con mayor rapidez), no los ve-

remos cambiar, aunque no estén ni mucho menos inmóviles. Sólo si nuestra mirada recae en ellos de tarde en tarde constataremos que presentan ahora un aspecto distinto o muy distinto al de ocasiones anteriores. Así habría que observar, me parece, los cambios sustanciales que el paso del tiempo ha ido ocasionando en la poesía que he escrito a lo largo de tantos años.

No querría terminar sin apuntar aquí algunas anotaciones acerca del constante proceso de despojamiento que a mi juicio se ha ido produciendo en mi poesía, y de la tendencia cada vez mayor hacia la claridad que lo ha acompañado. La mudanza natural y la experiencia de la vida y de la poesía que uno va adquiriendo son a mi entender las responsables de tales positivos avances. La juventud es más barroca que la madurez. El poeta joven quisiera decirlo todo de todas las maneras y a la vez, y se le acumulan en el papel montones de palabras que impiden ver lo que pretende mostrar. Uno va aprendiendo con el tiempo que no hay que acumular demasiados bártulos ni ornamentos y que se camina mejor con poca impedimenta. Un poema resulta más efectivo si restamos en vez de sumar, si quitamos en vez de poner. Creo que era Miguel Ángel el que decía con enorme acierto que, antes de que él empezara a trabajar, sus esculturas estaban ya dentro de los bloques de mármol que utilizaría, y que lo único que había que hacer para que salieran a la luz y pudiéramos verlas con nitidez era ir quitando lo que en esos bloques sobraba. Me parece evidente que

en mi poesía, nunca en realidad recargada de palabras ni abundosa de aderezos, se ha ido dando conforme avanzaba de un libro a otro una incesante y acusada esencialización de temas y de formas.

Es importante saber, sin embargo, que en la principalísima tarea de ir desechando lo innecesario ha de haber unos límites y que es preciso acertar a detenerse en el momento justo. La poesía no debe adelgazar hasta caer en la anorexia y quedarse en los meros huesos, como en la época de la poesía pura (y dejo a un lado, claro está, lo mejor de ella, que en realidad abulta poco) o en los minimalismos, misticismos de pacotilla y demás ocurrencias macrobióticas actuales. El poema ha de tener también su carnalidad, su sensualidad. Es un ser vivo y para estar completo ha de poseerlo todo en sus justos términos: armazón que sostenga, carne que recubra los huesos, el atuendo necesario e incluso, si se quiere, algún discreto adorno que le proporcione realce (como cuando una mujer se pinta un poco los ojos, o se pone una pulsera, o luce uno de esos atractivos tatuajes que ahora se llevan). Hay que dejar sobre el papel al ser vivo completo, a la criatura entera, y no sólo el esqueleto de la criatura.

Y por lo que respecta a la claridad, he de decir que estoy muy satisfecho de que algunos estimen que es una de mis peculiaridades. Nunca me han interesado los galimatías, esos poemas en los que no se entiende ni pío y que lo mismo da leerlos al derecho que al revés. Una cierta oscuridad puede tener justificación en algún momento de raptó poéti-

co, de descontrol ocasional provocado por alguna manera de ebriedad dionisiaca, pero la oscuridad por sistema no me parece admisible.

Incluso puede darse, en ocasiones, un alto grado de oscuridad, siempre que la misma, por alquimia o magia del poeta, termine por convertirse en luz para él y para el lector, en un fulgor inesperado que les revele a ambos zonas de la realidad ocultas hasta ese momento, al igual que sucede con el relámpago en la tormenta más negra.

La vida es compleja y misteriosa, y a la vez transparente y nítida. Así es también la poesía que prefiero leer y la que he intentado escribir. La oscuridad sin porqué en cualquiera de las artes me parece un engañabobos. Si miro por una ventana y veo un atardecer, un árbol y unos pájaros que vienen a recogerse y a dormir en sus ramas, siento que estoy contemplando un misterio grandísimo y me lleno de asombro. Pero en poesía, de algún modo —cristalino u oscuro— hay que hablar de ese misterio de manera que el lector pueda participar de lo que han visto mis ojos y de la emoción que he sentido al verlo, y no de forma que no vea ni entienda nada o perciba algo distinto de lo que presencié.

El problema de la poesía que se entiende es que se entiende para bien y para mal. Si el poeta que escribe con claridad no tiene nada que decir, los lectores le verán enseguida el plumero y se percatarán de su vaciedad. Ese es uno de los motivos de tantas oscuridades en cualquiera de las artes. La oscuridad disimula, disfraz, oculta, y habrá tontos o inge-

nuos dispuestos a comulgar con ruedas de molino y a pensar que lo que no se entiende tiene mucha miga. Que sigan quienes quieran con sus abstrusas tabarras, con sus enrevesadas murgas. Yo le estoy agradecido a la vida por el agua clara, por el aire limpio, por el cristal transparente, y ruego al cielo que mi poesía nunca los niegue ni los traicione.

Y en fin, hasta aquí hemos llegado. Me he extendido, y sin embargo siento que se ha quedado casi todo sin decir. Pido perdón por estos balbuceos y doy las gracias a quienes hayan tenido la paciencia de seguir mis divagaciones desde las líneas iniciales hasta este lugar apartado en el que les pongo punto y final.

(Texto revisado y actualizado para el libro  
El sueño cumplido, Tusquets Editores, Barcelona, 2023).